

Un hombre de acciones e ideales:

# Pensamientos acerca del general Antonio Maceo\*

Philip S. Foner  
Historiador y Escritor



## *Introducción*

Antonio Maceo fue una de las grandes figuras en la historia de las guerras de independencia hispanoamericanas. Durante 27 años —toda su vida adulta—, todos sus pensa-

mientos y acciones estuvieron condicionados por la causa de la independencia cubana. Sacrificó todo —su familia e innumerables oportunidades de llevar una vida cómoda y lujosa— por la causa. Resuelto a alcanzar la meta de la libertad de Cuba, sufriendo insultos

y críticas porque era un hombre de color, con más de 25 heridas en el cuerpo, peleó valiente y brillantemente por su país, y jamás perdió una batalla. Ni balas ni enfermedades lo detuvieron. Al momento de su muerte, su cuerpo sufría de dolores constantes, y podía caminar sólo con gran esfuerzo. Pero sus pensamientos continuaban centrados en derrotar al ejército español.

Sin educación formal y de orígenes humildes, Maceo se levantó de la oscuridad hasta alcanzar las más grandes alturas de la fama y el prestigio. Y esto lo logró bajo la continua carga del prejuicio racial. La carrera del lugarteniente general comenzó en un movimiento dominado por la aristocracia blanca, la elite de la provincia de Oriente. Sin embargo, a pesar de los considerables obstáculos, fue un héroe para su país y un ídolo para su pueblo.

Desde su primer combate hasta su muerte, la vida de Maceo literalmente perteneció a Cuba. Sus instintos militares, su valor personal y sus cualidades como líder eran legendarios. Habiéndose alistado voluntariamente para pelear en el ejército libertador como soldado raso, ascendió rápidamente hasta convertirse en el más destacado caudillo militar, junto al Generalísimo Máximo Gómez. Los dos líderes trabajaron íntima y conjuntamente durante ambas guerras: la Guerra de los Diez Años y la segunda Guerra de Independencia. Con frecuencia disentían de los líderes políticos más conservadores del gobierno insurrecto. Éstos se oponían a Gómez debido a su firme insistencia en la necesidad de extender la guerra desde Oriente hasta el centro económico de la isla, en Occidente. Y se oponían a Maceo no sólo por su íntima cooperación con Gómez, sino porque se sentían amenazados por su popularidad entre los negros y los pobres.

La raza de Maceo era una fuente constante de controversia política. Durante ambas guerras, los españoles se aprovecharon de las

actitudes racistas existentes entre los cubanos blancos y diseminaron rumores maliciosos acerca de las supuestas ambiciones secretas del líder negro. Aunque estos rumores fueron consistentemente negados por todos aquellos que pelearon junto a él y lo conocían, fueron ampliamente aceptados por otros y constituyeron un factor de desunión entre los cubanos insurrectos. Por su parte, Maceo usualmente guardaba silencio al ser informado de las calumnias en su contra. Consideraba el racismo incompatible con las metas por las cuales luchaba—una república basada en la igualdad y fraternidad— y rechazaba profundamente la división entre los combatientes cubanos. Si rompió su silencio en una ocasión, al expresar su opinión en referencia al problema de la raza y el racismo, en carta dirigida al presidente Cisneros, con fecha del 16 de mayo de 1876. En esta carta pasa revista a su trayectoria al servicio de la república en armas, subrayando que las insinuaciones racistas lanzadas en su contra eran injustas y divisorias. Hablando de sí mismo, escribió:

“Y como el exponente precisamente pertenece a la clase de color, sin que por ello se considere valer menos que los otros hombres; no debe ni puede consentir, que lo que no es, ni quiere que suceda tome cuerpo y siga extendiéndose; porque así lo exigen su dignidad, su honor militar, el puesto que ocupa, y los lauros que tan legítimamente tiene adquiridos. Y protesta enérgicamente con todas sus fuerzas para que ni ahora, ni en ningún tiempo, se le considere partidario de ese sistema, ni menos se le tenga como autor de doctrinas tan funestas, máxime cuando forme parte, y no despreciable de esta República democrática, que ha sentado como base principal la Libertad y la Fraternidad, y que no reconoce jerarquías”.

Maceo creía que la adquisición de la igualdad para los negros tendría que aguardar a la independencia del país. Por eso continuó

luchando, mientras otros trataban de socavar su posición.

## *Una vida de logros*

De todos los logros y hazañas protagonizadas por Maceo, una en particular lo convirtió en un héroe para las futuras generaciones de cubanos: la Protesta de Baraguá, en febrero de 1878. Cuando virtualmente todos los líderes políticos de la república en armas, al igual que la mayoría de los comandantes militares, estaban dispuestos a aceptar la paz del Pacto del Zanjón, Maceo se rehusó a rendirse. Rechazando las pequeñas concesiones políticas que los españoles ponían sobre la mesa, desafió abiertamente al general Martínez Campos. Aunque pronto se vio obligado a cesar la lucha y unirse a los otros líderes exiliados, el desafío de Maceo tuvo dos importantes consecuencias. La primera, que el Pacto del Zanjón se viera sólo como un alto al fuego, en lugar de un tratado de paz. Además, la acción fortaleció la determinación de sus compatriotas de reanudar la guerra lo antes posible.

Hubo que esperar 17 años para que se presentara dicha oportunidad. Maceo pasó estos años viajando de un país caribeño a otro, y también a Estados Unidos. Con otros exiliados, dedicó sus fuerzas a la tarea de reorganizar las fuerzas insurrectas para una eventual reanudación de la guerra. Al juzgar por sus propios escritos, Maceo creció tanto política como intelectualmente durante su período de exilio, que pasó viajando, trabajando y leyendo. Pudo desarrollar su propia visión social distintiva, que iba mucho más allá de su pasión patriótica en los tiempos de Baraguá. Al entrar de nuevo en combate, Maceo veía sus metas en términos de un antiimperialismo bien definido, de justicia social y de responsabilidad humana.

Antes de volver a la guerra, Maceo hizo una visita importante a Cuba, en 1890. En esa ocasión, fue recibido con enorme entusiasmo. Aunque las autoridades españolas lo obligaron a acortar su estadía, la respuesta a su visita demostró la disposición del pueblo cubano a reanudar la lucha, e indicó que a Maceo mismo se le había investido con el estatus de héroe. Es poco probable que cualquier otra persona de color hubiera sido recibida tan calurosamente por la alta sociedad blanca; tampoco alguien más que él hubiera inspirado a la juventud cubana, que apenas recordaba la Guerra de los Diez Años.

Cuando estallaron de nuevo las hostilidades en 1895, Maceo fue de los primeros en retornar a Cuba. Inmediatamente se reunió en la Mejorana con su antiguo superior, Máximo Gómez, y con el escritor, teórico político y organizador José Martí, para emprender la tarea de estructurar los objetivos de la futura república. Pero Martí cayó en combate poco después, y Maceo y Gómez pronto se encontraron en la misma situación sufrida en la guerra anterior. De nuevo, a pesar de sus esfuerzos, el poder permanecía en manos de ambiciosos políticos en competencia: otra vez sus planes militares sufrieron constante interferencia política y nuevamente a Maceo se le atribuyeron ambiciones racistas. Sin embargo, como en la gesta anterior, Maceo dirigió todo su pensamiento y actividad a un solo objetivo: lograr la independencia de Cuba.

Maceo vivió lo suficiente para desarrollar otra de las acciones que le aseguraría la posteridad. A finales de octubre de 1895 su ejército emprendió la larga marcha hacia Occidente (una marcha que por fin correspondía a la inextinguible insistencia de Gómez, para quien la revolución debía alcanzar las ricas regiones occidentales, más allá de la provincia de Camaguey). Los insurrectos lucharon todo el tiempo, desde la punta oriental de la isla hasta



*Antonio Maceo en Costa Rica reunido con otros compatriotas y varios costarricenses. 1892*

el cabo occidental de Pinar Del Río, una distancia de más de 800 millas. El éxito inesperado de la invasión de Oriente a Occidente obligó a los españoles a reorganizarse. El 11 de febrero de 1896, arribó a Cuba el nuevo jefe de las fuerzas españolas, general Valeriano Weyler. Dedicó sus primeros esfuerzos militares a la destrucción de Maceo, mientras, por su parte, Maceo combatió, evadió y frustró a Weyler durante casi un año. Irónicamente, encontró la muerte cerca de La Habana, en una escaramuza más que en una batalla. La última frase que se le oyó pronunciar fue “¡Esto va bien!”.

Maceo fue querido por sus soldados y temido y respetado por sus enemigos. El 14 de diciembre de 1896, el ministro ruso en La Habana, De Truffin, escribió:

“La muerte accidental de Maceo en un encuentro en las puertas de La Habana... es indudablemente un gran triunfo para nuestro Gobernador General [Weyler]... No se debe negar que la muerte del líder insurgente más popular es un doloroso golpe a la causa revolucionaria, porque el difunto, más allá de sus cualidades militares, disfrutaba de gran influencia entre sus hombres”<sup>1</sup>.

El general español Fidel Alonso Santocildes, quien más tarde murió combatiendo a Maceo, confió a éste que había sido el oficial más capaz con quien se había tenido que enfrentar<sup>2</sup>. Durante la Guerra de los Diez Años, el General Martínez Campos aseguró: “Maceo es la clave de la paz verdadera”<sup>3</sup>. Y al comienzo de la revolución de 1895, los españoles admitieron “la gran importancia del arribo a Cuba del líder Maceo”<sup>4</sup>.

Después de la muerte de Martí, Maceo y Gómez personificaron el espíritu del movimiento revolucionario. El nombre de Maceo se convirtió en palabra cotidiana entre los cubanos dondequiera que viviesen, y sus hazañas fueron celebradas una y otra vez en la manigua cubana. Muy a menudo, aun en la isla, fue descrito en términos unidimensionales, “solamente como gran guerrero, un hombre de acción pero no de ideas”<sup>5</sup>. Pero su correspondencia demuestra la diligencia con que persiguió su pasión de autodidacta, aun durante las campañas militares, y su enorme éxito en este apartado. Se dice que era capaz de manejar varios idiomas, incluyendo el inglés. Quienes lo escucharon hablar aseguran que conversaba con cierta confianza sobre historia, ciencia políticas y teoría militar. Maceo reconocía y respetaba la necesidad de la preparación, y dondequiera que iba se rodeaba de personas de las que podía obtener conocimiento. Martí mismo dio testimonio en este sentido en una declaración publicada en el periódico *Patria* el 6 de octubre de 1893: “Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo”.

### *Claridad de pensamiento y propósito*

Maceo también hizo contribuciones importantes a la ideología de la revolución. Fue su Protesta de Baraguá la que mantuvo viva la esperanza de la independencia. Cuando



*Mambises*

los líderes insurrectos querían reavivar el espíritu nacional, invariablemente señalaban a Maceo y su protesta. Durante la segunda Guerra de Independencia, siempre que los cubanos querían demostrar la invencibilidad de su causa, invocaban el ejemplo del inconquistable Maceo para humillar a los españoles. En una isla cuyo ancho no pasa de 50 millas, les fue imposible contenerlo, y varios generales peninsulares fueron retirados o sustituidos debido a ello. Aun el afamado y temido general Weyler estuvo a punto de ser retirado, cuando finalmente Maceo cayó en combate. Durante la Guerra de los Diez Años, el lugarteniente general despertó la atención internacional con su Protesta de Baraguá. Durante la guerra de 1895, el mundo entero celebraba las fabulosas hazañas del Titán de Bronce: Maceo y la invasión de Oriente a Occidente, Maceo y la amenaza a la capital, Maceo y la campaña en Pinar del Río...

Maceo simbolizaba y personificaba las esperanzas del negro cubano, cosa que justificó completamente. En cada declaración suya enfatizaba dos principios cardinales: independencia para la nación y libertad e igualdad para los negros. La emancipación de los esclavos de 1887 de ninguna manera eliminó la desigualdad racial en Cuba. Cuando Maceo luchaba por la independencia después de 1895, también lo hacía por la igualdad racial, convencido de que esto último no podía alcanzarse sin lograr exitosamente lo primero. Así fue capaz de atraer a la causa revolucionaria a miles de negros y mulatos, cuyo apoyo fue imprescindible en la lucha contra España<sup>6</sup>. Por negarse constantemente a ponerse a sí mismo por encima de la revolución, Maceo apaciguó a aquellos que temían que liderara una lucha por la dominación negra en Cuba. Siempre insistió en que no había soldados negros o blancos —todos

eran cubanos y todos debían obrar conjuntamente para establecer y construir la República.

En 1895, en los Estados Unidos, se publicó un panfleto titulado *The Program of Maceo* [El programa de Maceo], subtítulo *Ideas of Maceo, Head of the Black Race in Cuba* [Ideas de Maceo, líder de la raza negra en Cuba]. Recalcaba que Maceo se veía a sí mismo como vocero de los negros cubanos y que su misión especial era establecer el dominio de la raza negra en una Cuba independiente<sup>7</sup>. Nada, sin embargo, pudiera haber estado más lejos de los ideales de Maceo; está claro que el panfleto fue sólo un instrumento de los cubanos aliados a los españoles para crear confusión y desasosiego en las filas de los combatientes independentistas. La siguiente observación del historiador africano Joseph Ki-Zerba, escrita en 1972, es una reflexión acertada sobre los verdaderos ideales de Maceo:

“Fue un general de descendencia africana, Antonio Maceo, quien conduciría la lucha libertadora contra el dominio español. Cuando un cubano de descendencia española le aconsejó que organizara sus regimientos con blancos y negros por separado, Maceo respondió: Si no fueses blanco, te habría mandado a fusilar inmediatamente, pero no me gusta la idea de que se me acuse de ser un racista como tú. Vete de aquí. Pero te advierto, la próxima vez no seré tan paciente. La Revolución no tiene color”<sup>8</sup>.

### *El símbolo de una Cuba verdaderamente libre*

Como Martí, Maceo fue también símbolo de una Cuba libre: igualmente libre de la dominación de España y de los Estados Unidos. Estaba dispuesto a entregar la vida por una sola causa, la genuina independencia de Cuba. Tampoco podía aceptar otra solución para el

pueblo cubano, negro o blanco. De hecho, cuando su abogado y asesor, Antonio Zambrana Vázquez, sugirió la idea de que una autonomía bajo España, en lugar de la independencia, podía ser la solución para Cuba, el Titán de Bronce rompió tanto su amistad como su relación comercial con él. En 1896, cuando Maceo supo que los Estados Unidos y España estaban discutiendo la posibilidad de concederle autonomía, pero no independencia a Cuba, escribió a Perfecto Lacoste: “Los [norte] americanos y españoles pueden hacer los acuerdos que quieran, pero pronto Cuba será libre y podrá reírse de las negociaciones que no favorezcan su independencia”<sup>9</sup>.

Claro que no puede esperarse que todo en Maceo fuera ideal. Se le consideraba un tanto irresponsable en el manejo de las finanzas y bienes, lo cual resultó en que los líderes insurrectos dudaran en confiárselos. Y, cuando tenía dinero, lo gastaba rápida y desaconsejadamente. Pero nunca sacó partido de sus actividades revolucionarias; de hecho, justo cuando había alcanzado su meta de estabilidad económica y prosperidad en Costa Rica, abandonó todo sin vacilar para unirse al movimiento revolucionario organizado por Martí. Debido a su vestir impecable y al hecho de que apreciaba los objetos finos, a Maceo se le consideraba presumido. Sus enemigos lo atacaban repetidamente por esto, pero los que lo conocían atestiguaban que era orgullo, no vanidad, lo que lo impulsaba a ello. Era cortés, y siempre respetuoso de la opinión de los demás. Reaccionaba con gran sensibilidad ante el ridículo, al que a veces se pretendía empujarle debido a su color y falta de preparación formal, razón por la cual buscó, indudablemente a través de su impresionante apariencia, alcanzar el respeto y posición social que le negó el racismo, tanto de origen cubano como español.

En un grado extraordinario, y teniendo en cuenta sus orígenes, fue exitoso y alcanzó un

nivel de movilidad social excepcional en la sociedad cubana. Hubo muchos altos oficiales negros en las guerras de independencia, como José Maceo, Flor Crombet, Guiller món Moncada, Quintín Banderas, Cecilio González y Pedro Díaz. Aunque fueron capaces de ascender en las filas del ejército revolucionario a pesar de la barrera del prejuicio, ninguno alcanzó la estatura de Maceo como comandante militar, ni tampoco su fama y popularidad. Igualmente, ninguno adquirió la reputación internacional que Maceo se ganó durante sus

viajes por los países del Caribe y en los Estados Unidos. Tanto en Cuba como en el extranjero, pareciera que Maceo llegó a ser más conocido que Martí. La corresponsal especial del *New York Times*, Dorothy Stanhope, escribió en artículo publicado el 16 de septiembre de 1900 que “Maceo, uno de los ídolos cubanos de la guerra de independencia, era un hombre negro. Todos los cubanos, sin importar su color, lo tenían como uno de sus más notables compatriotas”.

### Notas y Bibliografía

\* Primera parte de la “Conclusión” de la biografía de Antonio Maceo escrita por Philip S. Foner, Antonio Maceo. *The “Bronze Titan” of Cuba’s Struggle for Independence* (New York: Monthly Review Press, 1977), se ha traducido, adaptado y publicado aquí con permiso de Monthly Review Press y con el propósito de incluirla en este número especial de *Islas* 2: 1 (2007), dedicado al Titán de Bronce de las luchas independentistas de Cuba, Antonio Maceo.

1. *International Affairs* (1964). Moscú, marzo, p. 123.
2. Peralta Griñan, Leonardo (1941). *La muerte de Antonio Maceo, causas y consecuencias*, La Habana, p. 45.
3. Figueredo Socarrás, Fernando (1902). *La revolución de Yara*, La Habana, p. 191.
4. *Diario de la Marina* (1895). La Habana, 10 de abril.
5. Portuondo, José Antonio, ed. (1962). *El Pensamiento vivo de Maceo*, La Habana, p. 7.
6. Aunque los negros constituyeran una gran proporción del Ejército Libertador y muchos de ellos llegaron hasta los más altos rangos, no hay datos precisos disponibles. En 1912, hubo líderes negros que sostuvieron que habían formado hasta el 85 por ciento de las tropas durante la segunda Guerra de Independencia. Un historiador estadounidense, Charles Chapman, conside-

ró que estos datos eran demasiado altos, pero si estuvo de acuerdo con que “los negros, de hecho, sí proporcionaron la mayoría de las tropas del Ejército Libertador”. Más recientemente Rafael Fermeselle-López, en una tesis doctoral inédita en la American University, concluyó que “alrededor de 49 por ciento de los generales y coroneles fueron negros”. (*The Insurrection in Cuba, Outlook*. 1 de junio, 1912, p. 238; Charles E. Chapman, *A History of the Cuban Republic: A Study in Hispanic-American Politics* (Nueva York, 1927), p. 308; Rafael Fermeselle-López, “Black Politics in Cuba: The Race War of 1912” (Ph.D. diss., American University, 1972), p. 9. Tal vez la mejor forma de contestar esta pregunta es decir, como lo hizo el distinguido historiador cubano Sergio Aguirre, que el soldado negro formó el espinazo del ejército revolucionario y lo integró hasta en un 70 por ciento, aun constituyendo apenas el 32 por ciento del total de la población. (Sergio Aguirre, *El cincuentenario de un gran crimen, Cuba Socialista Año II* (diciembre 1962), pp. 34-35.)

7. Cuba Libre. (1965). *Misión Providencial. El Programa de Maceo. Ideas de Maceo, jefe de la raza negra en Cuba. Insurrección*, Nueva York, 1895.
8. Ki-Zerba, Joseph (1972). *Histoire de l’Afrique Noir*, Paris, p. 223. Quedo endeudado con José Luciano Franco por haberme señalado este trabajo.
9. Franco, José Luciano (1963). *La Vida heroica y ejemplar de Antonio Maceo*, La Habana, p. 110.